

# Comunidad y Territorio: Perspectivas Teóricas y Desafíos Contemporáneos

Miriam E. Calvillo Velasco\*  
Noemí Ehrenfeld Lenkiewicz\*\*

## Resumen.

La interacción entre comunidad y territorio ha sido un tema central en diversas disciplinas, desde la sociología hasta la geografía y la antropología. Este artículo examina las teorías y enfoques que tratan la compleja relación entre las comunidades humanas y los espacios que habitan y construyen. Desde las perspectivas clásicas hasta los desafíos contemporáneos, se abordan cuestiones cruciales como la construcción de identidades, la gestión del territorio y la resistencia frente a las transformaciones tecnológicas y globales.

## Palabras clave.

Comunidad, territorio, sociología, identidad, interacción social

## Abstract.

*The interaction between community and territory has been of deep interest in various disciplines, from sociology to geography and anthropology. The present article explores some of those theories that deal with the complex relation between human communities and the spaces they build and live in. From the classic perspectives to the contemporary challenges, crucial issues are tackled, such as the construction of identities, the agency and administration of territories and the resistance to technological and global transformations..*

## Keywords.

*Community, territory, sociology, identity, social interaction*

## Introducción

**E**n un mundo cada vez más globalizado y a la vez fragmentado, la noción de territorio adquiere una relevancia crítica en el análisis y la comprensión de las comunidades. Tradicionalmente, el territorio ha sido entendido como un espacio físico delimitado, a menudo ligado a la soberanía del Estado-nación. Sin embargo, en las últimas décadas, en un mundo cambiante y cada vez más integrado, esta visión está siendo desafiada y enriquecida por perspectivas que reconocen las dimensiones sociales, culturales y políticas que configuran y son configuradas por el territorio.

\* Profesora Investigadora del Departamento de Relaciones Sociales, [DCSH. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco](#), México.

\*\* Profesora Investigadora del Departamento de Atención a la Salud, [DCBS. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco](#), México.



## Entre Lazos y Raíces: el Concepto de Comunidad

En principio podemos entender al territorio como el suelo sobre el cual las comunidades y sus identidades echan raíces. No obstante, no parece ser solo un espacio geográfico, sino también un paisaje lleno de significados, historias y prácticas que contribuyen a la forma en que una comunidad se define y se percibe a sí misma. Al estudiar el territorio, no solo mapeamos los límites físicos, sino también dibujamos los contornos simbólicos -no necesariamente fijos- que contienen la memoria colectiva, las tradiciones y los sistemas de valores de una comunidad. Este entendimiento es vital en la era de la movilidad global, donde las identidades se extienden y reforman a través de redes que trascienden las fronteras geográficas.

El territorio en la modernidad está marcado por el poder del Estado, pero también al mismo tiempo por la resistencia y reivindicación de grupos marginados. Los movimientos indígenas, por ejemplo, nos muestran cómo el territorio está intrínsecamente ligado a la autonomía, la resistencia cultural y la sostenibilidad ambiental. En consecuencia, las luchas por el control territorial pueden dar forma a las relaciones de poder dentro de una comunidad, entre comunidades y, por supuesto, con el Estado. De este modo, el análisis del territorio puede revelar las dinámicas de poder que subyacen a la organización espacial de las comunidades.

Analizar el vínculo entre territorio y comunidad es crucial para entender cómo se construyen y mantienen las identidades colectivas, cómo se articulan las relaciones de poder y cómo las comunidades utilizan el espacio para expresar su identidad, resistir la homogeneización y fomentar la diversidad. Este artículo explora precisamente este vínculo, destacando su impacto en la construcción de identidades, la cohesión social y los mecanismos de inclusión y exclusión.

La noción de comunidad ha sido objeto de atención en diversas disciplinas, y su significado no solo ha evolucionado a lo largo del tiempo también puede variar según el contexto. Parafraseando a Roberto Esposito (2012), como comunidad podemos entender cosas diferentes, tales como la humanidad entera, una zona geopolítica amplia (como la comunidad latinoamericana), o también entender entidades más pequeñas como una ciudad o un pueblo, o bien, a un grupo de personas que están unidos por una etnia o religión, pero comunidad puede ser también una serie de individuos que comparten una intensión o condición común.

En su sentido más básico, la comunidad ha sido descrita en la era moderna, aunque no siempre fue así, como un grupo de individuos que comparten intereses, valores, ubicación geográfica; bien pueden compartir algunos de estos rasgos o todos juntos. Dicha definición aplica para subrayar tanto su contenido teórico como su connotación práctica, esto es, su conceptualización para el análisis o su delimitación para la participación social y política. En ambos casos parece partir de la misma aproximación, es decir, que cuando hablamos de comunidad nos estamos refiriendo a la interacción social y a las relaciones entre individuos dentro de un grupo en un espacio determinado y por ello mismo pretendidamente cerrado, es decir, que incluye a algunos y excluye a todos los demás. En este sentido, la comunidad implica bajo esta perspectiva una conexión y participación activa entre sus miembros, al mismo tiempo que un sistema radicado, contextualizado. Dicha conexión es posible en virtud de la existencia de características compartidas, como la cultura, la lengua, la religión, la etnicidad o cualquier otro aspecto capaz de unir al mismo tiempo que separar a un grupo de personas (Esposito, 2012). En el marco de la



sociología tradicional, la comunidad se conceptualiza como un entramado social donde individuos comparten lazos, valores, reglas y metas comunes, manteniendo interacciones frecuentes dentro de un contexto geográfico específico (Tönnies, 1947). Esta noción clásica, frecuentemente utilizada, resalta varios componentes cruciales que ameritan una descripción minuciosa, veámoslos:

**1. Interacción Social.** Las personas en una comunidad se relacionan entre sí a través de diversas formas de comunicación, ya sea cara a cara o a través de medios como el teléfono, internet, etc.

**2. Vínculos Sociales.** Existen relaciones y conexiones sociales significativas entre los miembros de la comunidad. Dichas relaciones y conexiones pueden surgir de la familia, la amistad, la proximidad residencial, la fe, la identificación cultural o cualquier otro elemento común.

**3. Normas y Valores Compartidos.** Los miembros de la comunidad comparten un conjunto de normas y valores que orientan sus acciones, los cuales pueden ser explícitos o tácitos, y son fundamentales para la cohesión social.

**4. Sentido de Pertenencia.** Las personas que forman parte de una comunidad suelen tener un fuerte sentido de pertenencia. Este sentimiento de identidad común suele ser crucial para la estabilidad y la cohesión del grupo.

**5. Objetivos Comunes.** Los objetivos colectivos dentro de una comunidad pueden ser económicos, políticos, culturales, espirituales, entre otros, reflejando los intereses mutuos de sus integrantes.

**6. Apoyo Mutuo.** Se espera que la comunidad ofrezca una red de asistencia recíproca, brindando apoyo emocional, material o asistencia social en momentos de necesidad.

**7. Cambios Dinámicos.** Las comunidades no son estáticas y experimentan cambios a lo largo del tiempo. Estos cambios pueden deberse a factores externos o a la evolución interna de normas, valores y estructuras sociales.

**8. Anclaje Geográfico.** Aunque la comunidad puede extenderse más allá de ciertos límites físicos e incluir conexiones virtuales, a menudo está arraigada o al menos referida a un lugar -real, virtual o imaginado- específico que es fundamental para la identidad y cohesión de la comunidad.

De esta primera aproximación al concepto de comunidad podemos derivar que se la concibe como un entorno social en el que los individuos comparten una serie de características comunes y mantienen relaciones sociales significativas que contribuyen a la cohesión y el funcionamiento del grupo en un espacio o entorno delimitado. En esta línea de pensamiento, se ubican, entre otros, autores como Ferdinand Tönnies (1887) con su distinción entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, y Émile Durkheim (1893) con su análisis de la solidaridad mecánica y orgánica.

Ambos autores permiten reflexionar acerca de la diversidad de comunidades y arraigos a diferentes contextos territoriales.

La distinción de Tönnies entre la *Gemeinschaft* (comunidad basada en relaciones personales y afectivas) y la *Gesellschaft* (sociedad caracterizada por relaciones formales y contractuales) permite, tal y como él lo plantea, analizar las transformaciones que han llevado a un alejamiento de las relaciones comunitarias tradicionales hacia formas más racionales y contractualmente reguladas (Tönnies, 1947). La *Gemeinschaft* es una forma de organización social basada en la comunidad, donde las relaciones son predominantemente orgánicas, afectivas y personales. En este tipo de



comunidad, las interacciones están marcadas por la proximidad geográfica, las relaciones familiares y las tradiciones compartidas. La cooperación en una *Gemeinschaft* surge de manera natural y no está regida por contratos formales. De esto deriva la existencia de una solidaridad intrínseca entre los miembros donde las normas y valores son compartidos de manera más homogénea. La *Gemeinschaft* tiende a ser más estable a lo largo del tiempo, ya que las relaciones están arraigadas en la proximidad física y en la interacción cara a cara. Dicha estabilidad se basa en la participación activa y la comprensión mutua entre los miembros de la comunidad (Tönnies, 1947).

En contraste, la *Gesellschaft* representa una forma de organización social más moderna y compleja, donde las relaciones son principalmente asociativas, instrumentales y formales. La sociedad se caracteriza por la racionalidad, la división del trabajo y la movilidad social y las interacciones se rigen más por contratos y normas legales que por lazos personales. En este momento, la cooperación se vuelve más instrumental, basada en la búsqueda individual de intereses y objetivos. A diferencia de la estabilidad de la *Gemeinschaft*, la *Gesellschaft* es más dinámica y está sujeta a cambios rápidos. Las relaciones pueden ser más efímeras y están influenciadas por factores económicos, tecnológicos y sociales.

De acuerdo con Tönnies, a lo largo de la historia las sociedades han experimentado transformaciones de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft*, especialmente con el desarrollo de la industrialización y la urbanización, estas transformaciones han llevado a un alejamiento de las relaciones comunitarias tradicionales hacia formas más racionales y contractualmente reguladas (Tönnies, 1947).

La teoría de Tönnies sobre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* proporciona un marco útil para

entender los tipos de relaciones sociales y cómo han cambiado con la modernización, sin embargo, también es necesario contextualizar sus planteamientos, reconocer sus limitaciones y aplicar una visión más matizada y flexible al analizar las sociedades contemporáneas y sus estructuras sociales. Su enfoque dualista ha sido objeto de crítica por diversas razones, la primera y más evidente es la simplificación excesiva de la complejidad de las relaciones sociales. La vida social es dinámica y en todo caso podemos afirmar que contiene elementos de ambos conceptos que se superponen y coexisten, lo que hace que la clasificación binaria sea a menudo insuficiente para capturar la realidad de las interacciones humanas.

Por su parte, Émile Durkheim (1893), propuso entender la cohesión social a través de la distinción entre la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica. La primera, de acuerdo con su planteamiento, se encuentra en sociedades tradicionales o preindustriales, donde la cohesión proviene de la semejanza en creencias, valores y prácticas. La similitud cultural y la limitada división del trabajo hacen que las funciones de sus miembros sean similares, lo que fortalece el vínculo social.

Por el contrario, en las sociedades industriales o modernas surge la solidaridad orgánica, en la que la diversidad y la interdependencia son fundamentales. Aquí, la cohesión social se sustenta en la especialización de roles y la complementariedad entre ellos. Con una división del trabajo más extensa, las personas se vuelven más interdependientes. La solidaridad orgánica implica una transición de la conciencia colectiva a una creciente y prevaleciente conciencia individual, con individuos desempeñando roles específicos y contribuyendo a la sociedad con sus habilidades únicas. Esta cohesión social se basa en la interdependencia económica y social, con



cada persona contribuyendo con sus habilidades y funciones especializadas y dependiendo de las contribuciones de otros para satisfacer sus propias necesidades y roles sociales (Durkheim, 1986). La cohesión social, por tanto, se fundamenta en la interdependencia económica y social, con las personas confiando en las contribuciones de otros para satisfacer sus necesidades y cumplir con sus funciones en la sociedad. La comunidad, entonces, se revela como una entidad social dinámica, donde la confluencia de características y la red de relaciones sociales son pilares para la cohesión y funcionalidad del colectivo en un entorno delimitado.

Aún y cuando ni Tönnies ni Durkheim abordaron explícitamente la relación entre comunidad y territorio, la distinción entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* y entre la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica continúan siendo referentes a la hora de definir a las comunidades y su evolución histórica. Ello, no obstante, por un lado, la idealización que hacen de la vida comunitaria al convertirla en una especie de utopía perdida, al asumir que las relaciones en las comunidades pequeñas y preindustriales son predominantemente positivas y desvalorizando las posibilidades de relaciones significativas en contextos más urbanos y modernos (especialmente en Tönnies). Y, por el otro lado, su tendencia a homogeneizar la sociedad y a no tomar en cuenta suficientemente la diversidad y la complejidad de las relaciones sociales, lo que no permite reconocer que las grandes agrupaciones, como las naciones, pueden incluir subcomunidades con características de *Gemeinschaft* o basadas en la solidaridad orgánica y mucho menos el reconocimiento de la existencia de otras formas de interrelación en espacios no occidentales ni occidentalizados.

## Comunidad y Modernidad: Un Nuevo Paradigma.

Con la llegada de la modernidad, el término *comunidad* experimentó una transformación significativa, perdiendo su significado original arraigado en la idea de compartir obligaciones y cuidados mutuos. Giorgio Agamben (2017), por ejemplo, argumenta que esta concepción ha sido reemplazada por una perspectiva centrada en el interés y la propiedad. Agamben examina la transformación del término *común* en la modernidad, argumentando que ha pasado de denotar un compartir activo y abierto a ser apropiado y cerrado. Señala cómo la idea de *comunidad* de lo mismo ha prevalecido, excluyendo la otredad y dificultando la formación de una comunidad genuina basada en la inclusión y la solidaridad.

Desde esta perspectiva, la noción de comunidad se relaciona más con el sentido de pertenencia y arraigo, ya sea físico, simbólico o ambos. Se destaca, entonces, una base que se cimienta en la diferenciación de los otros, creando una dicotomía entre aquellos que pertenecen y los que no.

La comunidad se redefine como una entidad de lo mismo, donde la otredad y la diversidad pierden espacio. Se transforma en una colectividad que, en lugar de fomentar la conexión y la convivencia, se convierte en un mecanismo de utilidad que separa y excluye. Este cambio de perspectiva da paso a la idea de lo “común” como algo propio, algo que nos pertenece o al cual pertenecemos, pero que ya no se comparte de manera abierta con los demás. La comunidad se presenta como una entidad cerrada en sí misma, por un lado, excluyente frente a aquellos que no comparten esa pertenencia y, por el otro, diferenciadora de aquellos que constituyen otra comunidad o simplemente carecen de ella. Este giro conceptual revela



una evolución de la comunidad hacia una forma más exclusiva y segregativa, donde la propiedad de lo común se convierte en una barrera que limita la participación y la conexión genuina con los demás. El ejemplo más claro de esta dinámica es, sin lugar a dudas la construcción de naciones y el consecuente nacionalismo.

Las antiguas formas de identificación basadas en comunidades religiosas disminuyeron en importancia con la llegada de la modernidad, la difusión de la lengua impresa y la secularización, dando paso al surgimiento del nacionalismo como una nueva forma de comunidad acorde al desarrollo del capitalismo.

Para Benedict Anderson, por ejemplo, las naciones son *comunidades imaginadas*, esto es, construcciones mentales compartidas por individuos que, a pesar de no conocerse personalmente, se imaginan a sí mismos como parte de una comunidad nacional más amplia. Anderson define a la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”. Y afirma que es imaginada “porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunidad.” (Anderson, 1983: 23). En consecuencia, la nacionalidad implica una conciencia compartida, una conexión entre personas que comparten un sentido de tiempo (historia común) y un espacio (territorio compartido).

A pesar de lo sugerente del planteamiento, Anderson, deja de lado la importancia que cobran los dispositivos de poder en la construcción de las naciones y la reproducción del nacionalismo. Este vacío puede ser llenado por Roberto Esposito (2012) quien al explorar la relación entre soberanía y biopolítica, destaca cómo el ejercicio

del poder soberano se coloca por encima de lo común y a menudo se vincula con la gestión de la vida y la muerte en una comunidad. La soberanía establece límites y reglas que afectan la vida de los individuos y la comunidad en su conjunto.

Ambas propuestas dan cuenta de las dos caras contradictorias de las identidades a gran escala, la nación y el nacionalismo integran una conciencia colectiva junto con una biopolítica que organiza dicha conciencia y garantiza a través del ejercicio del poder su dinámica y continuidad.

## Identidad y Exclusión: La Encrucijada Comunitaria.

Para la teoría clásica, la identidad aparece como el elemento fundamental que articula y le da sentido a la comunidad, inclusive aparecen como elementos intrínsecamente ligados. La identidad se revela como el eje central que otorga coherencia y significado a la comunidad, mostrándose como elementos inseparables. Bajo este prisma, la comunidad implica ineludiblemente la creación de identidades colectivas y la emergencia de prácticas culturales, mientras que la identidad en sí evoca de inmediato la imagen de una comunidad específica. Sin embargo, surja la cuestión: ¿qué constituye exactamente a las identidades, cómo se forjan y cuál es su propósito? Y, de manera crucial, ¿puede considerarse la identidad como el nexo que unifica y cohesionan la comunidad?

En lugar de ver la identidad como algo coherente y unificado, hay que reconocer que las personas tienen identidades múltiples y a veces hasta contradictorias. “El concepto acepta que las identidades nunca se unifican y, en los tiempos de la modernidad tardía, están cada vez más fragmentadas y fracturadas; nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través



de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y antagónicos.” (Hall, 1996:17).

En particular, y en contradicción directa con la manera constante en que se evocan, las identidades, se configuran a través de la diferencia, no al margen de ella. Esto implica la aceptación radicalmente perturbadora de que el significado “positivo” de cualquier término, y por ende su “identidad”, solo puede construirse mediante la relación con el Otro, la relación con lo que no es, con lo que le falta precisamente, con lo que se ha llamado su exterior constitutivo (Derrida, 1981; Laclau, 1990; Butler, 1993. Citados por Hall, 1996).

## Poder e Identidad: Forjando Comunidades

La pregunta ahora, de acuerdo con Stuart Hall, es “¿Quién necesita identidad?”. Al abordar críticamente la noción de identidad en el contexto de la modernidad tardía Hall se pregunta por qué es necesario continuar el debate sobre la “identidad” y argumenta que ante la inexistencia de otro término es necesaria su deconstrucción y su reconceptualización. Apoyándose en Derrida y Foucault plantea que la identidad no es un objeto fijo o esencial, sino un proceso en constante cambio (Hall, 1996:13). Al rechazar la idea de identidades fijas y esenciales sean éstas producto del hecho de compartir o hechas del ejercicio del poder se favorece la idea de la identidad como algo que se construye y se negocia continuamente, como algo estratégico y posicional (Hall, 1996:17). “Precisamente porque las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas.” (Hall, 1996:18).

La formación de las identidades es así un proceso dinámico y complejo, estrechamente vinculado al poder. Lejos de ser una expresión de homogeneidad o una unidad orgánica y coherente, las identidades se constituyen a través de la diferenciación y la exclusión. Es en este acto de distinguirnos de los demás donde se forjan las identidades, marcando no solo lo que somos, sino también lo que no somos a través de lo que Judith Butler denomina la *performatividad*, es decir, la repetición y performance de actos que están culturalmente regulados y socialmente sancionados (Butler, 1990). La identidad no es una esencia o una característica inherente, sino un conjunto de relaciones de poder que definen lo que es incluido y lo que es excluido en un grupo social.

La pertenencia a una comunidad podría suponer la no pertenencia a otra, pero desde la dinámica del poder lo más importante es la exclusión de los otros a través de la creación de fronteras reales o simbólicas que definen quién es miembro y quién es ajeno (Anderson, 1983).

## La biopolítica de la Inmunidad y Comunidad

Este paradigma será completado por Roberto Esposito (2012) quien, desde la biopolítica, afirma que la comunidad realmente se forma a través de la inmunidad. La inmunidad resuelve la dialéctica de la inclusión y la exclusión de la identidad y opera de un modo determinante en la configuración de la comunidad. Dicha inmunidad pone a salvo y protege a los miembros de la comunidad, al mismo tiempo que exime a algunos de la *communitas*, esto es, del compromiso para con los demás. “Si la *communitas* es aquello que liga a sus miembros en un empeño donativo del uno al otro, la *immunitas*, por el contrario, es aquello que libra de esta carga, que exonera de este peso.



Así como la comunidad reenvía a algo general y abierto, la inmunidad, o la inmunización, lo hace a la particularidad privilegiada de una situación definida por sustraerse a una condición común.” (Esposito, 2012: 104).

La inmunidad tiene dos caras una negativa y la otra positiva. La primera se refiere a la defensa contra amenazas externas, mientras que la segunda implica la autopreservación mediante la producción constante de identidad y del ejercicio de la biopolítica. Esto significa que la comunidad a menudo se construye en defensa y oposición a lo que se percibe como una amenaza, creando fronteras y mecanismos de defensa y protección del exterior para preservar su identidad, al mismo tiempo que mecanismos que constriñen la libertad interna tanto individual como colectiva. En consecuencia, la comunidad, al definirse a sí misma, simultáneamente define quién queda fuera. Es en esta dinámica de inclusión/exclusión que se va configurando la identidad comunitaria (Esposito, 2012).

## El Territorio y la geografía de la identidad comunitaria

La formación de identidades comunitarias a través de la conexión con el territorio ha sido tratada desde perspectivas diversas, ya sea a través de la relación emocional y experiencial con los lugares (Relph, 1976), la construcción simbólica del espacio (Lefebvre, 2013) o las luchas territoriales (Harvey, 2013). Edward Relph (1976) se ha convertido en una referencia obligada para entender cómo la apropiación del territorio contribuye a la formación de lo que él llama la geografía del lugar. Su propuesta se centra en la importancia de la conexión entre las personas y los lugares, resaltando cómo esta relación influye en la construcción de un sentido de identidad y

significado. Los lugares se reconocen como los centros de la experiencia humana.

No cabe duda que en efecto la conexión profunda entre las personas y los lugares es fundamental para la formación de un sentido de pertenencia y significado en la vida cotidiana. La apropiación del territorio implica entonces una relación activa y significativa con el entorno físico, empero, siguiendo a Relph, esta apropiación no es solo física, sino también emocional y simbólica. Esto quiere decir que las personas no solo ocupan espacios, sino que los incorporan en su vida diaria y les asignan significado. La apropiación y la conexión con el territorio dan como resultado una comprensión profunda y única de un lugar en particular. La forma en que las personas interactúan con su entorno y le atribuyen significado está influenciada por las prácticas culturales, las historias compartidas y las interacciones sociales, y la comunidad se forma justo a través de estas prácticas, historias e interacciones compartidas en un lugar específico.

Por ende, el sentido de lugar no se limita a coordenadas geográficas, sino que involucra experiencias, memorias y relaciones personales compartidas que unen a quienes comparten dicha geografía al tiempo que les distingue de los “otros”. De esta manera la construcción del lugar se convierte en un proceso social y cultural que deriva en la conformación de comunidades delimitadas.

## Arraigo y Desarraigo en las Identidades Territoriales

El arraigo (insideness) describe el grado de vinculación, participación y preocupación que una persona o grupo tiene con un lugar particular. Bajo esta concepción, pareciera que la comunidad requiere para su existencia de un arraigo profundo y una participación activa en el lugar. Esto parece





claro cuando hablamos de comunidades tradicionales y arraigadas a la tierra, pero ¿qué ocurre en la era de la modernidad tardía en la que lo común son la intensificación tanto de la movilidad humana como de la integración económica?

La creciente homogeneización espacial asociada con la globalización y la planificación urbana moderna, está provocando la pérdida de la conexión con el lugar, contribuyendo a la sensación de “*placelessness*” (carencia de lugar) y alienación (Relph, 1976). La alienación surge cuando las personas pierden la capacidad de ver su reflejo en los espacios que habitan, cuando estos espacios ya no reflejan sus experiencias vividas, valores culturales o identidades locales. Las prácticas de planificación urbana moderna, a menudo orientadas hacia la maximización del valor económico y la atracción de inversiones globales, pueden priorizar el desarrollo que sirve a intereses transnacionales en lugar de atender a las necesidades y deseos locales.

Resulta, pues, que la conexión con el lugar no solo es fundamental para la formación de identidades individuales y colectivas, sino que también tiene un impacto directo en el bienestar emocional y psicológico de las personas. La pérdida de esta conexión puede llevar a un sentido de desorientación y pérdida de significado lo que bien puede traducirse en la necesidad de la búsqueda de nuevas formas de pertenencia.

## El Territorio como Espacio Social

En la medida en la que concebimos al territorio como un espacio podemos trascender la limitada idea de verlo como una simple extensión de tierra. El territorio en tanto espacio no es un contenedor fijo y geográficamente determinado, es más bien un entramado de significados, prácticas y relaciones

de poder que configuran la vida comunitaria. Tal como propone Doreen Massey (2012), el espacio implica una serie de conexiones y relaciones que se entrelazan en un lugar. “El espacio es producto de interrelaciones. Se constituye a través de interacciones, desde lo inmenso de lo global hasta lo ínfimo de la intimidad.” (Massey, 2012:157). Y precisamente por ser producto de interrelaciones el “espacio es la esfera de la posibilidad de la existencia de la multiplicidad; es la esfera en la que coexisten distintas trayectorias, lo que hace posible la existencia de más de una voz. Sin espacio, no hay multiplicidad; sin multiplicidad, no hay espacio.” (Massey, 2012:157). Esta visión permite trascender la idea de las comunidades como entidades homogéneas y cerradas, un solo espacio puede albergar diversas comunidades con experiencias y perspectivas distintas. Esto resalta la complejidad y la diversidad inherentes a la vida comunitaria. “Las culturas tienen sus propios espacios” (Massey, 2012:171).

Esta perspectiva desafía las visiones estáticas y sugiere que el espacio es continuamente construido y reconstruido por las múltiples interacciones sociales. El “espacio es producto de las «relaciones», relaciones que están necesariamente implícitas en las prácticas materiales que deben realizarse, siempre está en proceso de formación, en devenir, nunca acabado, nunca cerrado.” (Massey, 2012: 158).

La interacción social contribuye a la construcción y reconstrucción constante del territorio en tanto espacio y es justamente al apropiárselo y significarlo que se construyen las identidades. De modo tal que las identidades territoriales son el resultado de procesos sociales y políticos en curso.

Es cierto que las comunidades participan activamente en la construcción de sus identidades a través de la interacción con el espacio, sin



embargo, lo hacen en los límites y condiciones marcadas por el poder y la resistencia a ese poder. En esta dinámica de construcción del espacio, las relaciones de poder, como vimos, juegan un papel fundamental en la configuración de las comunidades y la distribución desigual de recursos. Las relaciones de poder no solo influyen en la definición de los límites territoriales sino que determinan quién tiene acceso y control sobre determinadas áreas y recursos. Esto significa que la relación entre comunidad y territorio pasa necesariamente por la apropiación y, como veremos más adelante, por la expulsión.

## Configuraciones de Comunidades en Espacios Urbanos

El espacio físico aparece como un lienzo sobre el cual se inscriben las historias, tradiciones y narrativas de una comunidad. Esto quiere decir que es a través de la relación activa con el territorio que las comunidades construyen una identidad arraigada en la tierra que ocupan.

Teóricos como Henri Lefebvre (2013) y David Harvey (2005), han desarrollado conceptos como la producción del espacio y el derecho a la ciudad. El primero, abordó la noción de comunidad desde una perspectiva crítica, vinculándola con sus reflexiones más amplias sobre el espacio y la vida urbana. Su obra más influyente en este contexto es “La producción del espacio”, escrito en 1976. En este texto, el autor explora la relación entre el espacio, la sociedad y la producción, proporcionando una base teórica para comprender la formación y la dinámica de las comunidades en entornos urbanos y más allá. Lefebvre sostiene que el espacio no es simplemente un contenedor neutro, sino un producto socialmente construido que refleja relaciones de poder, económicas y culturales. De tal suerte que la comunidad surge

como una entidad que participa activamente en la producción del espacio (Lefebvre, 2013: 107).

En efecto, las comunidades influyen en la configuración del entorno que las rodea a la vez que el espacio moldea las interacciones y la identidad comunitaria. Para Lefebvre la capacidad creativa está en la comunidad o colectividad (Lefebvre, 2013: 169). La comunidad es una fuerza productora de espacio que crea significado y simbolismo en el entorno construido. El espacio no es un simple escenario donde ocurren las interacciones humanas, más bien, es el resultado de la praxis, concepto que permite describir la acción transformadora de la comunidad en el espacio. La praxis implica la actividad práctica y creativa de las personas en su vida cotidiana, contribuyendo a la producción constante del espacio social. En este sentido, la comunidad no solo reside en un lugar físico, sino que también está arraigada en las prácticas sociales diarias que le dan forma y significado al espacio que se habita (Lefebvre, 1978: 47, 57).

Lefebvre critica la fragmentación espacial generada por procesos de urbanización y planificación que han llevado a la separación de actividades sociales y la alienación de la comunidad. Aboga por una redefinición del espacio que integre la diversidad de prácticas sociales y promueva una comunidad más participativa en la creación de su entorno a partir de lo que llama “autogestión de las unidades territoriales” (Lefebvre, 2013: 445). La comunidad tiene el derecho no solo a habitar el espacio, sino a participar activamente en la toma de decisiones que afectan la configuración de la ciudad. Este derecho implica una reinención constante de la ciudad por sus habitantes, reconociendo la agencia de la comunidad en la construcción de su entorno. Se trata del “derecho a la vida urbana, transformada y renovada” (Lefebvre, 1978: 138). De este modo la ciudad aparece como un espacio dinámico de participación



activa donde los ciudadanos moldean su entorno en función de sus posiciones de poder. El derecho a la ciudad se traduce en una facultad activa para influir en las decisiones cotidianas y en la forma en que se diseñan los distintos espacios urbanos (Harvey, 2006).

La producción y transformación del espacio urbano es un proceso central del capitalismo que repercute directamente en la vida de las comunidades. Las propias ciudades se convierten en escenarios de las contradicciones del capitalismo, con sus tensiones clasistas, de género y raciales entrelazadas con la arquitectura urbana y la distribución de sus recursos. Esto es aún más evidente en la metamorfosis que están viviendo las ciudades del mundo bajo la influencia de la globalización y el neoliberalismo. Las fuerzas económicas moldean las comunidades urbanas, exacerbando desigualdades y creando fricciones a través de fenómenos como la gentrificación y el desplazamiento urbano.

Estos procesos de modernización urbana a menudo desplazan comunidades enteras, creando conflictos sobre la vivienda y el acceso a los servicios urbanos (Harvey, 1998). Sin embargo, estos procesos se encuentran ineludiblemente ligados a la resistencia de las comunidades que se levantan para luchar por un espacio urbano más justo. Harvey es un convencido de la importancia de la participación comunitaria en la resistencia a las desigualdades urbanas, para él, el espacio físico es más que un lugar; es un lienzo de historias colectivas y prácticas culturales, y aboga por una relación más integrada entre la comunidad, la identidad y el espacio urbano. (Harvey, 2006). ¿Pero, qué ocurre con las comunidades que se encuentran fuera de las urbes?

## Expulsiones, una nueva configuración del territorio

Así pues, vemos como las comunidades y el territorio se van configurando y desconfigurando con la interacción social mediada, o mejor dicho, atravesada por el poder económico y político. Esto resulta aún más claro en la era de la globalización cuya consecuencia evidente está siendo la expulsión de poblaciones enteras de sus territorios. La búsqueda desmedida de beneficios, la especulación inmobiliaria, la explotación de recursos naturales y la reconfiguración de espacios urbanos son factores que están generando lo que Saskia Sassen denomina “modos de expulsión complejos”. Sassen afirma que “Esas expulsiones no son espontáneas, sino hechas. Los instrumentos para hacerlas van desde políticas elementales hasta instituciones, técnicas y sistemas complejos que requieren conocimiento especializado y formatos institucionales intrincados.” (Sasse, 2015:12).

Desde flujos financieros hasta políticas gubernamentales y corporativas, el fenómeno de las expulsiones se revela como resultado de una compleja red de decisiones y acciones que impactan directamente en las poblaciones locales. Los llamados proyectos de desarrollo o megaproyectos, así como la apropiación de tierras para la agricultura a gran escala, provocan además del desplazamiento forzado la destrucción del ambiente. “La enorme demanda de tierra y agua, la pobreza que crece, el desalojo de flora y fauna para desarrollar plantaciones y minas, en conjunto redefinen vastas extensiones de tierra como nada más que sitios para la extracción. En cada lugar hay una genealogía específica que explica ese resultado, pero desde una distancia conceptual todas esas diferentes genealogías de la destrucción se hacen visibles como una especie de condición genérica: un despliegue global de manchas de



tierra y agua muertas en el tejido de la biosfera.” (Sasse, 2015: 171).

Estas expulsiones están estrechamente vinculadas a la creciente desigualdad global, afectando de manera desproporcionada a las poblaciones más vulnerables, especialmente en regiones dependientes. En 2014 Sassen afirmaba que muchas de esas destrucciones de la calidad de tierra, agua y aire habían golpeado con particular dureza a comunidades pobres, produciendo en aquel momento 800 millones de desplazados en todo el mundo. Esta cifra creció, de acuerdo con la Agencia de la ONU para los Refugiados, durante el primer semestre de 2023, hasta cerca de los 110 millones de personas. “Pero (además) ninguno de nosotros es inmune, porque otras destrucciones, extendidas por enormes transformaciones en la atmósfera, pueden alcanzarnos a todos.” (Sassen, 2015: 170).

## Conclusión

Abordar el concepto de comunidad desde una perspectiva compleja y multifacética trasciende la limitación de la proximidad geográfica y las interacciones sociales convencionales. En su lugar es necesaria la expansión del concepto a través de su deconstrucción a fin de expandirlo hacia una comprensión más profunda de las complejas relaciones entre individuos, grupos y su entorno. Las comunidades están intrínsecamente vinculadas a la subjetividad y la percepción individual, definiéndose no solo por interacciones externas, sino también por la construcción interna de significados y valores compartidos que influyen en la identidad colectiva. Más que una simple convivencia, la comunidad se percibe como un tejido de conexiones sociales atravesadas por las relaciones de poder que suponen la exclusión y la expulsión de una parte, y la resistencia y organización de la otra parte.

Un proyecto incluyente que aspire a la construcción de comunidades socialmente enriquecedoras, basadas en la colaboración, la solidaridad y la creación de espacios comunes, no puede obviar su vínculo con el ecosistema circundante.

El análisis de la interrelación entre la comunidad y el territorio resulta incompleto sin considerar la influencia y el papel crucial del medio ambiente y la sostenibilidad. Esta relación intrínseca nos invita a replantear el papel de la humanidad en el contexto natural, desafiando la perspectiva antropocéntrica tradicional. En la actualidad, diversas corrientes de pensamiento critican esta visión centrada en el ser humano y enfatizan la necesidad de repensar nuestras interacciones con la naturaleza. Por ejemplo, la ecología profunda, iniciada por Arne Naess en 1973, propone una visión holística que reconoce el valor intrínseco de todos los seres vivos, más allá de su utilidad para los humanos. El bioregionalismo, desarrollado por figuras como Peter Berg y Raymond Dasmann, argumenta a favor de la adaptación de las prácticas humanas a las características y límites de las regiones naturales. La ecosofía, según Félix Guattari, ofrece un enfoque integrado que conecta las dimensiones ambientales, sociales y mentales de la sostenibilidad.

Estas filosofías son vitales ya que resaltan la importancia de la participación comunitaria en la conservación del medio ambiente y la integración del conocimiento local en la gestión sostenible de los recursos, un enfoque respaldado por estudios de autores como Fikret Berkes y colaboradores en 1999 y 2001. Dichas posturas no solo desafían las prácticas insostenibles y dañinas, sino que también promueven una conciencia colectiva y una acción comunitaria orientada hacia la armonía ecológica y la responsabilidad compartida. La inclusión de saberes tradicionales y perspectivas



indígenas en la gestión de los recursos naturales es un paso fundamental hacia prácticas más resilientes y respetuosas con el medio ambiente, que garantizan el bienestar de las generaciones presentes y futuras.

## Referencias Bibliográficas

- HARVEY, David (1998). *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu Editores: Buenos Aires, Argentina.
- HARVEY, David (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Ediciones Akal: Madrid, España.
- HARVEY, David (2006). *La producción capitalista del espacio*. Siglo XXI Editores: Madrid, España.
- ANDERSON, Benedict (1983). *Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica: México.
- LEFEBVRE, Henri (2013). *La producción del espacio*. Ediciones Capitán Swing: España.
- LEFEBVRE, Henri (1978). *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península.
- HALL, S. Y Du Gay, Paul (1996). Introducción: ¿Quién necesita identidad? En: *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu Editores.
- MASSEY, D. (1994). *Espacio, lugar y género*. Ediciones Cátedra.
- RELPH, Edward (2008). *Lugar y no lugar: Perspectivas de la experiencia humana*. Editorial Gustavo Gili.
- TÖNNIES, Ferdinand (1947). *Comunidad y Sociedad*. Editorial Losada: Buenos Aires.
- DURKHEIM, Émile (1986). *De la división del trabajo social*. Akal Ediciones: Madrid
- AGAMBEN, Giorgio (2017). *El uso de los cuerpos*. Editorial Gustavo Gili: México.
- BERKES, F. (1999). *Ecología Sagrada*. Taylor y Francisco.
- BERKES, F. y Folke, C. (1998). *Vinculación de sistemas sociales y ecológicos*. Prensa de la Universidad de Cambridge.
- OSTROM, E. (1990). *Gobernando los Comunes*. Prensa de la Universidad de Cambridge.
- ESPOSITO, Roberto (2012). Las Torres de Lucca. En: *Revista Internacional de Filosofía Política* (Enero-Junio 2012). Universidad Complutense de Madrid.
- SASSEN. Saskia (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Katz Editores: Buenos Aires.

